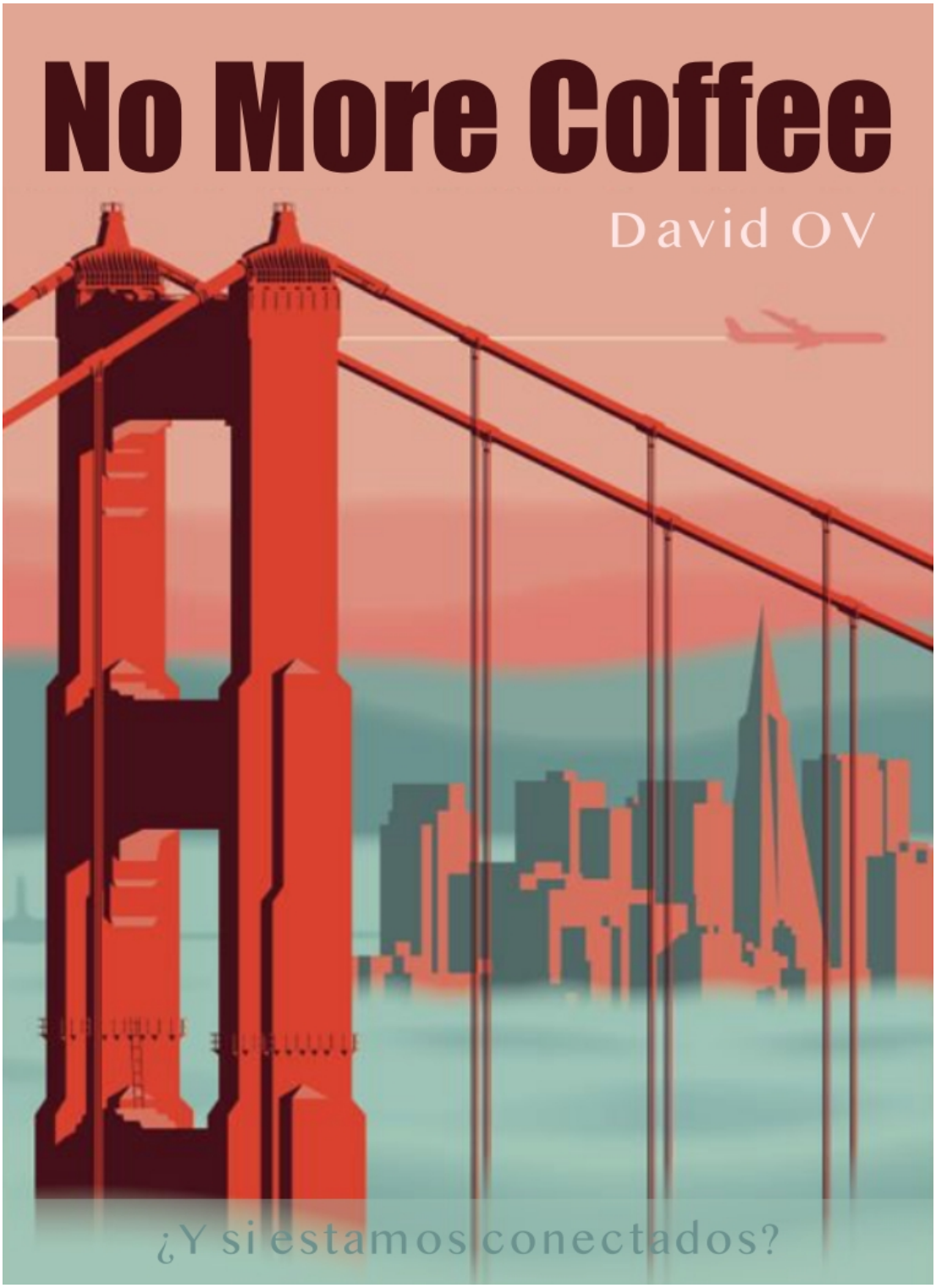
No More Coffee

David Ortiz



Capítulo 1

Vaqueros ajustados y blusa, iPhone en la mano y mirada de tener algo más importante que hacer en todo momento. Estéticamente bastante cuidada, treinta y bastantes bien llevados pero con considerables cargas de estrés. No traía bolso ni abrigo, probablemente se habría acercado desde unas oficinas gastando su preciado tiempo en uno de sus vicios. Puede que Allison o Ashley. Y no sería algo corriente, tendría que ser ¿un caramel macchiato? No, caramelo no, pero tampoco café solo. ¿Latte? ¿Latte Macchiato?

–Buenas tardes. –Dijo Emma con una sonrisa sincera. –¿Qué te apetece hoy?

–Buenas, me gustaría un Latte Macchiato mediano, por favor.

–Fantástica elección. ¿Nombre?

–Allison.

–Perfecto Allison, me pongo a ello. Son 5,40 por favor.

Comenzó entonces el ritual que tantas veces había hecho. De forma automática empezó a hacer la espuma de leche entera fresca mientras sacaba el vaso de uno de los muebles superiores. Puso los ocho gramos de café molido en el portafiltros y se permitió un par de segundos para disfrutar del aroma que desprendía. A pesar de las veces que había hecho distintos tipos de café, seguía apreciando aquel arte como el primer día. Vertió el café sobre el vaso repleto de leche y observó cómo la bebida se dividía poco a poco en sus tres características franjas. Perfecto.

–Aquí tienes Allison. Pasa un buen día.

–Igualmente, muchas gracias.

Volvió hacia el mostrador principal recogiendo un par de tazas y limpiando unas manchas de leche de la encimera. Traje oscuro y buena percha, igual que su acompañante. Gafas circulares, anillo de casado, cartera en mano con un colorido muestrario de tarjetas de crédito. Jack. ¿John? John. Café americano, sin duda.

–Bienvenido a No More Coffee.

–Buenas tardes, querría un Café americano, grande.

–Perfecto, ¿y tu nombre? –Dijo Emma mientras empezaba a escribir John en el vaso.

–John.

–Pues son 7,20 John, muchas gracias.

Mientras ponía la jarra metálica en la cafetera observaba de reojo al acompañante de John. Mirada afable y ojos infantiles, seguramente pida algo más que un café. Se acercó a él tras entregar su café a John y se dió cuenta de la camisa de cuadros pequeños que llevaba, un maletín marrón de piel y un billete de veinte en la mano. Huele a té, té y algo más. Bajó la mirada un segundo a la selección de productos de pastelería que había bajo el mostrador. Croissants, cookies, tartas… un muffin, un muffin de moras.

–Buenas tardes, ¿qué va a querer tomar? –Dijo Emma mientras se decidía por un nombre. Randy, tiene que ser un Randy.

–Muy buenas tardes encanto, mira me vas a poner un té con hielo y luego algo para tomar, ¿alguna sugerencia? –Dijo pensativo.

–Uy será por opciones, personalmente me encantan los croissants rellenos de crema aunque lo que más tirada tienen son las cookies. Pero vamos, todo lo que ves está horneado aquí mismo y está buenísimo.

–Pues siento llevarte la contraria pero me voy a decantar por uno de los muffins. El de moras, por favor.

–Una elección muy acertada, ¿cómo se llama?

–Andy.

–¿Andy?

–No, no, Randy, con R al principio.

–Ah, perdone, le había escuchado mal. Serán 11,50 Randy.

Pasaron dos John más aquella tarde, hubo Jacobs, Nates, Natalies… También unos cuantos imposibles como Hui Ying y Brahma y varias caras conocidas que fueron recibidas con un extra de cariño. Afianza a tus clientes, esos serán los que más dinero se dejen. Hubo mucho empresario armado con iPhone y ojeras, muchos airPods, mochilas de empresa, gafas

modernas, sudaderas… Un día como otro cualquiera.

Cuando llegaron las diez de la noche empezó la ardua tarea de recoger y limpiar pero Emma estaba contenta, su conductor de Uber de hoy iba a ser extremadamente majo. Terminó con las últimas mesas y se sentó unos instantes en uno de los bancos de madera a ojear su Twitter mientras en la radio comenzó a sonar la canción en la que llevaba todo el día pensando.

* * *

–Que os jodan. Sí, exacto, a cada uno de vosotros y vuestras sucias y tristes vidas. –Miró fijamente a cada hombre y mujer que había en la sala. –En especial a ti. ¡Joder qué bien sienta esto! –Se subió a la mesa de cristal de un salto y empezó a recorrerla hasta el extremo contrario. –Os miro y no siento más que pena, sois una ignorante mota de polvo, no significáis nada. ¡Nada!

El revuelo seguía extendiéndose y unos cuantos asistentes a la reunión empezaron a escabullirse por la puerta entornada. Las miradas de pánico seguían fijamente a Jay mientras avanzaba con decisión por encima de la mesa de juntas.

–¿Qué es lo que os hace sentir mejores? ¿El dinero? ¿Vuestro puto dinero? ¿En qué cabeza cabe que eso sea lo que os hace sentir superiores? –Jay miró a su alrededor.–¿En la tuya? –Dijo señalando con el palo de golf de hierro que sostenía en las manos. –¡Ah, no! No, no, no. Es en la tuya, ¿verdad Jerry? En esa diminuta cabeza de foca ebria que tienes.

Jerry se puso en pie siguiendo aterrado con la mirada aquel palo de golf que le observaba a un palmo de distancia.

–Jay, yo no, Jay tío, vamos a relajarnos.

–¿Relajarnos? Yo estoy muy relajado. Sí, sí. Y ahora tú vas a quedarte muy relajadito.

Sonrió, alzó el palo de golf sobre su cabeza y lo precipitó con todas sus fuerzas sobre la brillante calva de Jerry. Fue un sonido seco que se escuchó con claridad durante el instante en el que todos mantuvieron la respiración. El sonido de un golpe sobre la mesa propinado por Tom para atraer más atención sobre uno de los puntos de su discurso. Jay no pudo evitar sentirse ligeramente feliz y excitado y permitió que una ligera sonrisa apareciera en su rostro.

–¿Te parece gracioso Jay? ¿Nuestro porcentaje de ventas directas en los

últimos dos trimestres ha caído en cinco puntos y tú sonríes?

–Por supuesto que no estaba sonriendo, siento la confusión Tom. Por favor, continúa.

Tom le regaló una mirada gélida y siguió exponiendo los principales retos que afrontaban en la compañía para la última mitad del año.

Dos horas pasaron hasta que Jay se ajustó la mochila y recogió su bicicleta del garaje. Tras ponerse el chubasquero naranja y los cascos se lanzó hacia la calle. Esquivó las dos primeras farolas hasta que bajó de un salto al asfalto, giró por delante de un sedán rojo y enfiló el pasillo que se formaba entre los carriles de los atascos. Había llovido durante todo el último mes y aquel día no sería menos. Las nubes oscuras parecían ser unos vecinos más que estaban echando raíces en la ciudad. Jay se acercó al primer cruce y subió a la acera derrapando frente a un buzón de correos. Continuó bajo las marquesinas de los comercios locales. Se acercó a No More Coffee para poder respirar aquel aroma a café tostado al pasar por delante de la tienda, hoy no podía entretenerse. Atravesó la cola de gente que esperaban a comprar café y se dirigió al puerto.

Únicamente habían pasado tres minutos de las seis pero el ferry ya había zarpado. Jay bajó unas escaleras que le acercaban al muelle y se sentó en un banco de madera empapada. La lluvia seguía cayendo sobre él y las olas rugían con fuerza. Le pareció oír unas risas a lo lejos y miró a los afortunados que iban a bordo del barco, se reían de él y le hacían muecas. Una pareja le señalaba con el dedo mientras un grupo de jóvenes celebraba bailando frenéticamente que estaban en el ferry. El capitán comenzó a tocar la bocina y saludó lentamente a Jay desde la cubierta, el saludo se convirtió en una peineta. Jay bajó la mirada hacia el M16 semiautomático que descansaba sobre su regazo y recorrió el gatillo con el dedo. Suspiró, no estaba de humor. Pensó en el café que se podría haber tomado.

Tras veinte minutos de espera, volvió a subir a la parte superior del puerto y se puso en la cola para embarcar. Aquella multitud fue entrando lentamente en el barco.

–¿Dónde estás?

–Subiendo ahora al ferry.

–¿Otra vez tarde?

–Lo perdí por poco, se retrasó la reunión.

–Joder Jay, ok. Te esperamos en Murphy’s.

Miró detenidamente al iPhone, lo apretó con fuerza. Con un movimiento fugaz lo lanzó contra el lateral de la embarcación. La pantalla se agrietó al chocar contra el metal y el dispositivo se precipitó hacia las aguas revueltas, pudo ver cómo se lo tragaba el mar lentamente hasta que desapareció en la oscuridad.

Siempre prefería los asientos exteriores a pesar de la lluvia. Aquel día estaba solo allí fuera, el chubasquero naranja empezaba a dejar pasar agua hacia el abrigo y el frío comenzó a ser algo serio.

El paisaje cambió por completo al desaparecer los altos edificios y las telarañas de asfalto y poder verse el verde de los árboles, las casas bajas y las lejanas montañas. Con los auriculares puestos y su iPhone enviando música a todo volumen por ellos, Jay recorrió las calles de su ciudad natal. El tráfico era casi inexistente y eso le permitía ir relajado. Al pasar frente a las tiendas de souvenirs, ahora cerradas, un cadillac negro se cruzó por delante cerrándole el paso. El conductor se asomó por la ventanilla y miró fijamente a Jay a través de sus gafas de sol. Sonrió con una pizca de locura. Jay giró inmediatamente y se metió por una bocacalle que salía a su izquierda, no se preocupó en mirar hacia atrás durante los minutos que recorrió el callejón.

Llegó a Murphy’s pasadas las siete, muerto de hambre. Por suerte era martes. Al entrar en el local vio la mesa de billar, la barra y las mesas repletas de gente. El olor a carne, cerveza y madera le embriagó los pulmones y no pudo evitar sonreír. Se acercó a una de las mesas del fondo del bar donde le esperaban Ethan y Carlos.

–¿No será eso una cerveza?

–¿Qué? ¿Éste vaso? –Carlos engullió el cuarto de pinta que le quedaba de un trago. –¿Este vaso vacío?

–Hoy parece que no has esperado a llegar a casa para la ducha. –Dijo Ethan viendo cómo chorreaba agua del chubasquero naranja.

–No creas, necesitaré otra después de la carrera que me he dado.

–Bueno, menos tontería que es martes. Las tres hamburguesas con bacon y queso ya están pedidas…–Empezó a decir Carlos.

–¿Y sin…

–Sin lechuga.

–Y la mía…

–Poco hecha.

–¿Y de beber?

Se miraron sonrientes.

–La semana pasada fueron alitas, ¿no?

Ethan asintió.

–Así que esta semana, ¿qué toca? –Preguntó Carlos.

–¡Alitas! –Respondieron al unísono.

Los siguientes quince minutos fueron de un delicioso silencio mientras daban buena cuenta de su menú. Las hamburguesas estaban en su punto perfecto, el bacon crujiente y el pan tostado. Entre bocado y bocado de aquel manjar, caía alguna alita de pollo cubierta de picante salsa barbacoa.

* * *

Todavía estaban los calcetines sobre la barandilla de la escalera. Habían pasado tres cuartos de hora. Todavía estaban allí.

No era algo excesivo ni desmesurado pedir una pizca de orden, no es que haya que tener todo perfecto siempre, pero sólo un poco, de vez en cuando al menos. Más aún si se ha hablado, si se ha acordado. Bueno, "acordado". El resto de cosas no estaban mal, la cocina olía ahora a fantasías otoñales, o al menos eso decía el ambientador. Éste era demasiado bueno como para usarlo en el baño, todos los que pasaban por ahí no volvían a ser iguales. Cuando llegabas a casa y olías a alguno de esos, sabías lo que había pasado para haber sido usado, lo sabías. Por culpa de eso habían dejado de utilizar brisa fresca, ropa limpia e incluso frescor de orquídea; esa fue la mayor pérdida.

Entró en la habitación y se puso el pijama recién lavado. Allí estaban los dos, como cada noche desde hacía dos años y medio. Alice y Jim. El lado de la ventana para Jim y el cercano al armario para Alice. La mesilla de Jim con sus gafas de pasta negras y la de Alice con un libro y un bote de crema de manos.

–¿Sabes lo que me ha resultado curioso?

–¿El qué?

–Lo que hemos hablado antes.

–¿Antes? ¿Lo del helado de piña?

–No, no. Lo de la ropa, lo de los calcetines, vamos.

Levantó la vista, dejó escapar un suspiro.

–Venga no te enfades, si sé que es una tontería. –Sonrió en tono conciliador.

–Una tontería pero me la tienes que recordar, ¿no?

–Sólo intento que no pase más veces.

Apagaron las lamparitas azules de noche y la habitación quedó sumida en una oscuridad pálida. Una luz fría entraba a través de la ventana del techo e iluminaba el armario.

–¿Mañana entonces viene tu madre a comer?

–Sí.

–¿Y Mike no?

–No.

–¿En serio te ha molestado?

Se acercó y acarició su brazo izquierdo con la mano.

–Siento que me moleste, de verdad. Pero es que ya estamos otra vez igual.

–¿Igual que qué?

–Pues igual que siempre.

–¿Igual que siempre? Pues yo no creo que estemos igual que siempre, si quieres llevar esta conversación ahí será cosa tuya.

–A ver, ¿y si hiciese yo eso constantemente?

–Constantemente…

–Bueno, vale. ¿Y si hiciese yo eso? ¿Recordarte a todas horas los fallos que tienes?

–Yo no hago eso.

–Pues vale no lo haces, pero ¿y si te lo hago yo? ¿Cómo te haría sentir?

–¿Qué decimos siempre de los y-sis?

–No me vengas ahora con esas, que sólo lo recuerdas cuando te interesa. Bien que arremetes tú con los y-sis siempre que te da la gana.

–Bueno, vale, no he dicho nada.

–No, es que siempre tratas de arreglarme, primero sueltas una pullita, luego dices que no es nada pero sí que es. No necesito que nadie me arregle, ¿sabes? No necesito que vengas aquí a impartir sabiduría de cómo hay que hacer las cosas.

–Se te ha ido, ya se te ha ido.

Hubo un silencio. Jim se quedó boca arriba mirando fijamente al techo y Alice se giró en la cama de cara al armario.

–Y no se me ha ido.

–¿Qué?

–Que no se me ha ido, que no sé para qué dices eso.

–Joder, ya está bien. Porque haces un mundo de una tontería.

–Y tú, ¿qué? ¿Te sientes bien ahora al decir eso? ¿Al hacerme sentir mal? Porque eso sí que se te da bien.

–Joder, ¿hacerte sentir mal se me da bien? ¿En serio?

–Pues sí, mira, otra vez. Lo estás haciendo otra vez. ¿Practicas o algo?

–¿Pero qué me estás contando ahora? Mira, cada vez tengo más claro que sí que necesitas que te arreglen, ¿eh? Que esto no es normal.

Se sentó en la cama con furia.

–Ya está bien ¿no? Joder que parecemos nuevos.

–No, si el problema es ese.

–¿Cómo?

–Nada.

–¿Cómo que el problema es ese?

–Si me has oído, ¿para qué preguntas? Que estás todo el puto día ahí esperando para meter el dedo en la primera llaga que pillas.

–Claro y como tú eres la única persona que está aquí pues se lo lleva todo, ¿no? Qué penita, cómo te gusta ser la víctima.

–¿Pero te puedes callar de una vez? Que no haces más que decir mierda.

–Mierda, ¿eh?

–Sí, exacto.

–Joder...

–Muy bien, ayuda mucho tu comentario. ¿Sabes qué? Que me voy.

–¿Que te vas?

–Sí, me voy. No me apetece verte.

–¿Pero a dónde vas a ir? Vamos a ver.

–Pues al sofá mismamente, bien lejitos de ti.

–Pero cuánto dramatismo, coño, que se va al sofá ahora.

–Pues sí, aquí te quedas, joder.

–Mira a mi déjame en paz ya.

–Que te den.

Cerró la puerta de la habitación lo más fuerte que pudo y fue hacia las escaleras. Al pasar por delante de los calcetines los cogió y los lanzó por los aires. Volaron sobre el hall de entrada, uno de ellos se quedó enganchado en la lámpara del recibidor y el otro cayó al suelo. Lo de menos era si fue el calcetín derecho el que colgaba de la lámpara y el izquierdo estaba sobre la moqueta, o si era el derecho el que yacía en el suelo y el izquierdo le observaba desde las alturas. Eran unos calcetines, siempre juntos, una sola entidad, su individualismo se había diluido en un

todo. Jim y Alice, Alice y Jim. Jim dormiría en el sofá, Alice había tomado el papel de víctima, Jim fue el primero en cruzar la línea, Alice dijo la primera palabrota. O no, o fue todo al revés. O quizás el quién dijo qué ya había dejado de ser relevante.

Capítulo 2

Dos veces se había cruzado aquella semana con él. No solía repetirse tanto en tan poco tiempo, intentaba cambiar de itinerario y horario con frecuencia para evitarlo. Cuando eso no funcionaba, sólo le quedaba intentar zafarse del encontronazo lo antes posible, como la tarde anterior cuando giró por aquel callejón. Aún así ahora era diferente, se notaba el cambio de edad. Cuando Jay era un niño, lo que recibía eran auténticas palizas. Estuvo temiendo el colegio y el instituto durante años. Hubo expedientes, reuniones disciplinares, talleres extraescolares… Pero nada parecía funcionar. "Jay es la clase de crío que atrae este tipo de comportamiento" le dijo en una ocasión el director del colegio a los padres de Jay. "La clase de crío que atrae…" Estas palabras resonaron en la mente de Jay como ecos que le recordaban la distancia abismal que había entre él y el resto del mundo. ¿Por qué nadie comprendía que pudiera ser diferente?

Durante su época en el colegio fue más sutil. El bullying eran algunas peleas, sentirse ignorado y algún que otro enfrentamiento con el matón de turno. En el instituto fue cuando aquello se fue de las manos, tanto a sus profesores como a sus mismos padres. Fue una constante tortura psicológica y física que le marcó. Por aquel entonces ya era Chad el que lideraba la empresa de hacerle la vida imposible. Y no paró.

Ahora estaban en los veinte años y parecía que aquello quedó en el pasado, cosas de críos. Si algo había aprendido Jay había sido a dar salida a sus emociones más profundas por cualquier vía que le permitiese desahogarse, principalmente la imaginación. A pesar de que Chad ya no iba a encerrarle en casilleros o a hacerle tragar el pez mascota de la clase que con tanto cariño había cuidado durante el año escolar, todavía quedaba odio en él suficiente como para recordarle a Jay siempre que podía que estaba allí, observando, esperando y sí, jodiendo. Porque cuando se cruzaban por la carretera daba volantazos para sacar a Jay del carril bici, seguía metiendo cizaña en las redes sociales y fingía ser su amigo del alma cuando se encontraban con más gente de por medio.

Asomado a la ventana de las oficinas en las que trabajaba de becario, podía ver las diminutas personas andando por las calles, los coches que congestionaban la ciudad y, a lo lejos, los ferrys que entraban y salían del puerto.

–Menos perder el tiempo y más trabajar, Jay. –Dijo Jerry con una media sonrisa en la cara.

–Sólo estaba aclarando ideas.

–¿Ideas? –Jerry se echó a reír. –¿Necesitas mucha meditación para ver cuál será el próximo tuit de la empresa? Algún día sabrás qué es tener responsabilidades y valorarás el trabajo que hacemos el resto. Bueno, o no, ¿sabes? Porque también puede ser que no llegues a tener muchas más responsabilidades de las que tienes ahora.

–¿Tienes muchas responsabilidades ahora mismo Jerry?

–¿Cómo? ¿Sabes cuántas personas tengo a mi cargo? Treinta y tres, Jay, treinta y tres. Un departamento entero, con subdepartamentos dentro. Mira, no, dejémoslo, no estoy de humor.

Jerry se dio la vuelta y se alejó resoplando. Jay volvió a sentarse en su silla y desbloqueó el ordenador mientras observaba la bola de cristal que tenía sobre la mesa. En el interior de la esfera había tres palmeras sobre una pequeña isla. Si la agitabas, nevaba sobre ellas. Jay agarró la esfera y la arrojó por encima de su cubículo. La bola de cristal trazó una parábola perfecta mientras ganaba velocidad y acertó de lleno en la cabeza de Jerry. Se desplomó al instante completamente inconsciente y con un reguero de sangre bajando por el cuello.

–¡Ey! Jay. Los de marketing han estado hablando de ti. –Dijo Hayden. –Otra falta de ortografía en un tuit y te vas fuera.

Jay se hundió ligeramente más en su silla.

* * *

Emma no había corrido tanto en años. Notaba los músculos quejándose a gritos y le dolía la garganta del aire frío que estaba respirando. Atravesó a toda velocidad el paso de peatones y pasó por debajo de los andamios de una obra para llegar antes a la estación de metro. A esas horas el tráfico la ralentizaría demasiado así que Uber no era un buen aliado. En su cabeza sólo podía pensar en llegar cuanto antes a casa, tenía poco tiempo pero tenía que conseguirlo. Bajó los escalones de dos en dos tratando de no resbalar con el agua que caía por ellos. No era la primera vez que sabía que algo malo iba a pasar y trataba de evitarlo. Al igual que disfrutaba las cosas buenas, tenía que lidiar con las malas. Por norma general, no solía conseguir arreglar lo que se iba a estropear. Digamos que el destino, universo o lo que sea, no quería que se cambiase demasiado el curso de los acontecimientos. De la misma forma que lo bueno casi siempre ocurría, lo malo, tristemente, también. Aun así, había habido excepciones. Consiguió que su hermano pequeño no se cayese de la bicicleta a los cinco años, esa fue la más importante.

Mientras apartaba a gente de su camino pudo escuchar el pitido de las puertas del metro al abrirse. Estaba justo ahí, como siempre. Pasó los tornos como un rayo y bajó las escaleras mecánicas para entrar disparada

en el vagón. Una vez dentro, buscó un asiento y esperó. Eso era lo peor, esperar. Nada podía hacer para que aquel tren fuese más rápido y cada parada era una eternidad.

Bajó en su estación y salió a la calle para encontrarse con la misma lluvia de antes y con las queridas cuestas. Casi sin aliento, terminó de subir aquella calle vertical flanqueada por pintorescas casas victorianas de alargadas ventanas y esquinas afiladas. Entró en la suya y, sin tan siquiera cerrar la puerta, entró en la cocina para ver que era demasiado tarde. Sammy estaba dando buena cuenta de una tableta de chocolate negro.

Llamada al veterinario.

Otra vez tarde.

* * *

Salieron a la calle envueltos en sus abrigos y con la bufanda al cuello. El suelo, mojado de las lluvias que había habido durante el día, reflejaba las formas líquidas de los coloridos neones que acompañaban cada local. Jim se subió el cuello de la gabardina mientras daba pequeños saltos para combatir el frío.

–Dos minutos. Es un Prius blanco y la matrícula empieza por 7KN.

–¿Dos minutos? Voy a congelarme aquí fuera.

–Venga confíemos en que Carlos le pise más de lo que la app espera.

Alice se acercó a él y apoyó la cabeza en su pecho buscando un refugio del viento. Jim la rodeo con los brazos y le besó la frente.

–Oye, quería pedirte perdón por lo del martes por la noche. No hemos llegado a hablar de ello y llevo toda la semana dándole vueltas. Creo que me pasé, ¿sabes? En caliente dije cosas que no son ciertas y lo siento.

–Sí, yo también lo siento.

–La forma en la que me fui de la habitación… Pero es que ya sabes que no quiero que me digas ciertas cosas que me hacen sentir mal.

–Bueno, pero eso no es excusa, ¿no?

–No, ya lo sé. Lo siento ¿vale?

–Y yo también cielo, yo también.

Carlos llegó con su Prius y se quedó en doble fila frente a ellos.

–¿Qué tal? Buenas noches. Jim, ¿verdad?

–Sí, exacto, buenas noches.

Las gafas de Jim se empañaron al entrar y Alice no pudo evitar dejar escapar una sonrisa. El vehículo se puso en marcha con aquel sonido propio de los coches eléctricos. En la radio sonaba Ed Sheeran y de nuevo comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia sobre la luna delantera.

–¿Cómo fue la noche? ¿Celebraron algo?

–No, no. Una cena con unos amigos.

–Bien, bien, eso siempre está muy bien para salirse de la rutina.

Tomó el carril de incorporación a la autopista y comenzó a sobrevolar la ciudad por su arteria principal.

–¿Son de por aquí?

–Sí.

–¿Nacidos aquí también?

–Sí, bueno, yo sí. Ella es de New Hampshire.

–Ah muy bien, bien, yo también soy de aquí. Mis papás son de México y se vinieron antes de nacer yo.

Alice volvía a sentir la fuerte conexión que había entre Jim y ella, sentía que él era su hogar. Apoyó la cabeza en el hombro de Jim y dejó que el sueño empezase a hacerse con ella. Había sido una semana complicada, tocaba descansar.

* * *

¿Por qué no siguió con el teatro? Estuvo yendo durante muchos años a clases y participando en obras. ¿Por qué lo dejó? Jay no recordaba si fue decisión de sus padres, suya o qué pasó con aquel hobby, pero nunca había dejado de sentirse atraído por ese mundo. No sólo por la actuación sino, sobretodo, por los guiones y la dirección. Y no sólo de teatro, era un fanático del cine y su gran aspiración era ser un gran director, escribir sus propios guiones, fumar puros sobre una máquina de escribir y no tener que rendir cuentas a nadie. Hacer de su vida un juego, un sueño, un

imperio.

Jay salió de sus pensamientos cuando un coche pasó a escasos cinco centímetros del manillar de su bicicleta a bastante más velocidad de la permitida. Giró con brusquedad hacia la acera para salvar el posible golpe y rectificó al acercarse peligrosamente al bordillo. Había sido un taxi que ahora estaba parado en el semáforo con las ruedas delanteras sobre el paso de peatones. Jay lo observó una fracción de segundo y se acercó.

Cuando llegó a la parte trasera del vehículo sacó su navaja automática y la colocó sobre el neumático del coche. Con un rápido movimiento accionó el botón y la hoja salió disparada atravesando la goma limpiamente. Volvió a presionar el botón y la navaja se cerró dejando tras de sí un sonido de aire comprimido escapando a gran velocidad. Cuando el semáforo se puso en verde el taxi aceleró sin miramientos alejándose por la calle. Al tomar la siguiente curva a la derecha perdió el control por la rueda casi deshinchada y derrapó por la calzada. Fue a parar contra una farola y unos buzones de correos de la esquina de la calle con un fuerte estruendo de chapa abollada y cristales rotos.

Unos años atrás intentó escribir un apasionante guión de un thriller político envenenado de complejas tramas de ciencia ficción. El protagonista era un ministro del gobierno del quinto cinturón del planeta Urbón que se había visto ascendido a consejero del canciller galáctico. Iba a introducir pinceladas románticas, ya que el valiente personaje se enamoraría de una serie de preciosas fíntaras (naturales del lejano sistema planetario Fint). Todo aquello quedó en cuatro hojas de un documento de texto.

Se subió a la acera para evitar el denso tráfico. Pasó por una zona de entradas de garajes y fue brincando aprovechando los desniveles. Tras derrapar frente a una pareja que disfrutaba de un paseo, empezó a observar el puerto a lo lejos.

El semáforo se puso en rojo para los peatones en cuanto llegó a él y el tráfico era demasiado rápido como para incorporarse a la carretera. Esperó. Unas risas llegaron desde el callejón que tenía a su espalda. Eran unos chavales que jugaban a lanzarse la mochila de un tercero que estaba un poco más apartado. Jay observó con curiosidad.

La cosa se puso seria cuando se cansaron de la mochila y agarraron a su víctima. El más alto de los dos comenzó entonces a descargar todas sus inseguridades adolescentes a base de puñetazos. Jay los miró desde la distancia. Se subió el chubasquero naranja, sacó la Colt M1911 y apuntó hacia el callejón. Los primeros dos disparos no acertaron al objetivo, uno se fue por altura y el otro se desvió ligeramente a la izquierda. Jay volvió a probar suerte. El tercer disparo acertó de lleno al atacante en el estómago y el cuarto le atravesó el cuello. Jay vió cómo Chad perdía

horrorizado su vida sin poder hacer nada, sus ojos se vaciaban y su cuerpo se desplomaba sobre el suelo.

“Pues si tanto te gusta, escribe guiones. ¡Practica!” Le decía Carlos cuando hablaban de sus aspiraciones. Pero no era tan fácil. Aquel primer guión fue olvidado al recibir las risas de su madre al leerlo. Uno de los mayores palos que Jay recordaba. A partir de ahí, simplemente fantaseaba con un futuro asombroso y con miles de historias y escenas que le encantaría poder llevar a la gran pantalla.

Parecía que hoy podría llegar a tiempo al ferry. Pedaleó a fondo hacia el puerto.

Capítulo 3

–¿La viste anoche? –Le preguntó Aiden.

–¿Ver? ¿El qué? –Contestó Emma distraída.

–Pues la película, El diario de Noa. La echaron anoche.

Emma sonrió y le miró directamente a los ojos.

–¿Ves? Te dije que era un poco bruja.

–¿Un poco bruja? Mira, no sé, pero dos días antes me dices que te apetece verla y ayer justo la echan. No sólo eso sino que ya ha pasado más veces. Mucha casualidad me parece a mí, ¿no?

–Sí, digamos que soy una chica con suerte.

Le lanzó el trapo que tenía en las manos y se giró para atender al siguiente cliente. Con la misma sonrisa de siempre echó un vistazo rápido a aquel hombre con chaleco reflectante y mirada tranquila que esperaba en la barra.

–Buenas tardes y bienvenido a No More Coffee. ¿Qué vas a tomar hoy?

–Buenas, quería un capuccino, por favor.

–Perfecto. ¿Y tu nombre? –Emma cogió uno de los vasos y empezó a escribir Will en el lateral.

–Eh, ¿qué haces? ¿Cómo sabes mi nombre?

Se quedó bloqueada tratando de esconder el vaso bajo la barra.

–Dime, ¿cómo leches sabes que me llamo Will? ¿Qué es esto? ¿Una broma? –Dijo el hombre claramente molesto.

–Tranquilícese por favor. –Aiden se acercó con tono calmado. –Mi compañera Emma simplemente se acuerda de la última vez que estuvo usted aquí. –Dijo poniendo una mano firme sobre el hombro de Emma.

–¿En serio? Pero si habré venido dos veces, como mucho.

–Y por eso soy tan buena en mi trabajo. –Dijo Emma con una sonrisa recuperando la compostura. –Siento la confusión. Su capuccino estará

listo en unos minutos.

–Solucionado, disculpe las molestias. –Concluyó Aiden retirándose.

Al pasar al lado de Emma en la zona de las máquinas de café, le susurró:

–Parece que no eres la única con suerte.

–¿Cómo?

–Ese hombre no me sonaba de nada. –Dijo con complicidad.

Emma se echó a reír y siguió preparando la bebida. Entonces lo sintió. Algo iba mal, algo iba muy mal. Dejó el vaso en la encimera y cerró los ojos tratando de concentrarse. Tenía una sensación muy intensa de que algo malo iba a ocurrir. Normalmente veía con cierta claridad y antelación las cosas malas pero esta vez era diferente. Esto iba a pasar ahora mismo.

Levantó la mirada por encima de la barra tratando de ver algo fuera de lugar. No sabía qué estaba buscando. Algo la impulsó a salir a la calle. Bordeó la barra a la carrera y salió de la cafetería ante las sorprendidas miradas de los clientes. El tráfico parecía normal y la gente andaba despreocupada por las aceras. ¿Qué era? ¿Qué tenía que encontrar? A lo mejor podía prevenir aquello que fuese que iba a ocurrir.

Entonces se oyeron unos golpes sordos. Disparos. Emma vió un cuerpo caer al suelo a escasos metros de ella.

Corrió hacia él.

Otra vez tarde.

* * *

La película no llegaba. Siempre había tenido una extraña curiosidad por ella pero no parecía que fuese a ocurrir. Había oído en numerosos sitios que en esos momentos puedes ver instantes de tu vida pasar ante tus ojos. Momentos importantes o que te han marcado de alguna manera se presentan ante ti para que te puedas despedir de todos ellos. Sin embargo, parecía que iba a ser otra invención de Hollywood.

Jim boqueaba desde el suelo intentando llenar sus pulmones con algo de oxígeno. Notaba un frío punzante extendiéndose desde su pecho hacia todas las extremidades, un dolor desesperante le hacía marearse y pelear por no perder la consciencia. No era capaz de comprender lo que había pasado, ni siquiera parecía entender que se estaba muriendo. En aquel

instante sólo intentaba recordar a sus seres queridos.

Se esforzó en ver la cara de sus padres ante él, la de sus abuelos y sus dos hermanas. Tenía la imperante necesidad de aferrarse a aquellos recuerdos, su casa de la infancia, los veranos en la casa de campo de sus abuelos. Un golpe de dolor le devolvió a la realidad, oía ruidos huecos y sólo era capaz de ver sombras.

Cerró los ojos y trató de ver a Alice, la mujer de su vida. Habían pasado por muchos altibajos juntos pero los habían superado fortaleciendo su relación a cada paso.

–Jim, ¡Jim! No cierres los ojos, venga mírame.

Volvió a abrir los ojos y vio a alguien que le sostenía la cabeza.

–Eso eso, mírame. Mantente despierto, ¿vale?

Allí estaba ella, podía sentirla cuidando de él hasta en los peores momentos de su vida. Sintió sus manos acariciándole las mejillas y no pudo evitar comenzar a llorar. A través de las lágrimas podía distinguir la silueta de Alice mirándole con preocupación. Tenía ante sí la persona que más quería, con la que quería pasar el resto de su vida. Parecía que lo iba a conseguir.

–Venga Jim, venga que vas a salir de esta. Aguanta un poco más. –Dijo Alice.

En aquella acera, entre sus brazos, comenzó a enamorarse más aún de ella. Sintió nuevas sensaciones perdiéndose en aquellos ojos que irradiaban cariño, las suaves manos que le acariciaban y aquel sorprendente aroma que desprendía. Descubrió cosas nuevas que no conocía y que le hicieron arrepentirse profundamente de no haber pasado más tiempo fijándose en todos los detalles de su mujer.

Si tenía que irse, ¿qué mejor forma que entre los brazos de la mujer que amaba y enamorándose aún más de ella? Comenzó a relajarse, el dolor parecía más lejano. Cerró los ojos y se dejó llevar por la oscuridad.

* * *

El rumor de los motores comenzó a callar las voces del resto de pasajeros mientras el ferry se separaba del puerto lentamente. Desde la cubierta, Jay podía observar el perfil de la ciudad y todas las calles que lo atravesaban. Los altos edificios reflejaban el sol en sus miles de ventanas y creaban un sorprendente efecto pareciendo que emitían su propia luz. Se apoyó sobre la barandilla oxidada y dejó que el aire frío le acariciase la cara. Por fin podía irse a casa, desconectar y recuperar fuerzas para el

siguiente día de trabajo.

En la carretera desde la que se accedía al puerto comenzaron a oírse sirenas y los primeros coches patrulla se hicieron visibles en la lejanía. Avanzaban por los arcenes e incluso por el carril contrario iluminando todo a su paso. Uno de ellos ya había llegado al muelle del que salía el ferry y Jay pudo ver cómo dos agentes corrían hacia el interior del edificio principal. Miraba con curiosidad como quien ve una película de acción o una persecución en la televisión.

El ferry comenzó a disminuir su velocidad hasta que se quedó parado a merced del leve oleaje de la bahía. Acto seguido se volvió a oír a los cansados motores reanudar la marcha pero en dirección contraria. Ante la sorpresa de todos los pasajeros, volvían al puerto.

Uno a uno fueron saliendo de la embarcación y atravesando el pasillo de policías que flanqueaban la subida al puerto. En cuanto Jay asomó por las puertas del ferry unas manos le aferraron por ambos costados. Las esposas estaban frías y le rozaban las muñecas. Miraba las caras de todos los espectadores y avanzaba hacia los coches patrulla dándose cuenta de que él era el protagonista de aquella película.

* * *

Corrió hacia el cuerpo que yacía en la acera mientras se oyeron otros dos disparos. Otro hombre se desplomó en un callejón cercano. Inmediatamente después comenzó una estampida de gente horrorizada que trataba de alejarse lo máximo posible de aquella zona. Emma sabía que ya había terminado, no habría más disparos aquel día.

Se arrodilló ante el hombre que yacía en la acera sobre un charco oscuro que se extendía lentamente. Había recibido un disparo en el pecho y abría y cerraba la boca tratando de recuperar el aliento. Emma se quitó el delantal y lo presionó contra la zona donde estaría el disparo de bala. Le temblaban las manos mientras sacaba el teléfono y trataba de pulsar el botón de llamada de emergencia, la sangre evitaba que la pantalla táctil detectase los dedos de Emma. Dos personas más se acercaron hablando a gritos por teléfono, tratando de dar con la dirección exacta del cruce.

Mientras el delantal se teñía de rojo observó a aquel hombre con detenimiento. Americana marrón, gafas de pasta, anillo de casado. Reparó en la barba corta y en el bolígrafo metálico del bolsillo interior. Jim, se llamaba Jim.

–Jim, ¡Jim! No cierres los ojos, venga mírame. –Dijo atacada al ver que Jim comenzaba a perder la consciencia.

Aiden llegó y presionó el delantal de Emma contra el pecho de Jim. Metió un trapo por su espalda tratando de cubrir un posible agujero de salida. Emma se giró y sostuvo la cabeza de Jim entre sus brazos observando cómo intentaba abrir los ojos y la miraba.

–Eso eso, mírame. Mantente despierto ¿vale? –Dijo Emma poniéndole las manos en las mejillas.

Vió como los ojos de Jim se comenzaban a llenar de lágrimas y su frente goteaba sudor.

–Venga Jim, venga que vas a salir de esta. Aguanta un poco más. –Dijo Emma intentando salvar la vida de aquel desconocido.

Él la miraba ensimismado, recorría su cara con la mirada y sonreía. Entonces cerró los ojos lentamente y su ritmo respiratorio se redujo.

Las ambulancias llegaron a los pocos instantes con las sirenas a todo volumen. Dos médicos se hicieron con la situación y en un abrir y cerrar de ojos Jim se alejaba en una camilla hacia la ambulancia más cercana. Uno de ellos reparó en los temblores y las lágrimas de Emma y se acercó.

–Oiga, ¿es usted familiar? ¿Viene al hospital?

–No, yo… No. No le conozco.

–Vale, vale, no se preocupe. Se va a recuperar, ha sido un disparo limpio a la altura del hombro, la bala ha salido y no ha dañado órganos. Si ha sido usted la que ha taponado los orificios de la bala que sepa que acaba de salvar una vida.

Emma dejó de escuchar a aquel hombre y se giró hacia Aiden. Se refugió entre sus brazos y dejó que el mundo siguiese girando a su alrededor mientras ella se alejaba de él.

* * *

–Te vi Alice, estabas allí conmigo. Yo te vi y eso fue lo que me salvó. Me cuidaste y me salvaste la vida, aunque no fuese real, para mí lo fue. Todavía lo siento, ¿sabes? Te recuerdo allí sosteniéndome la cabeza y acariciándome. No sólo eso sino que me hiciste enamorarme mucho más de ti. Vi muchas cosas en las que no me había fijado antes, vi una mirada nueva en tus ojos, cariño. –Jim se secó las lágrimas con el pañuelo. –No sé, puede sonarte imposible o tremendamente estúpido pero es que yo lo recuerdo como si hubiese sido completamente cierto. Me volví a enamorar de ti en aquel instante como nunca antes. Y yo sinceramente creo que sí que estuviste a mi lado en ese momento, no sé cómo, pero aquello fue

real. Te quiero.

–Te quiero. –Dijo Alice entre lágrimas mientras abrazaba a su marido en la camilla del hospital. –Te quiero, Jim.